64

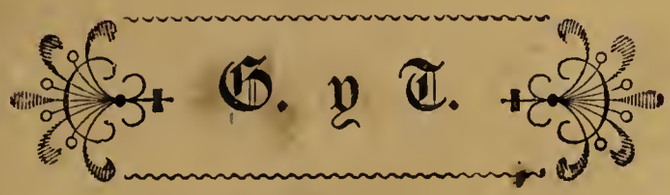
P. Marquina

REMOTE STORAGE

v. 647

UN COSECHERO RIOJANO.

DRAMA EN UN ACTO.



Precio 4 reales.

MADRID:
IMPRENTA DE SERAFIN LANDÁBURU.
Plaza de los Carros, núm. 2.
1871.

647:1

UN COSECHERO RIOJANO.

DRAMA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON PEDRO MARQUINA.

Estrenado con extraordinario éxito en el teatro SALON ESLAVA de esta córte en la noche del 1.º de Diciembre de 1871.

MADRID:
IMPRENTA DE S. LANDÁBURU, PLAZA DE LOS CARROS 2.
1871.

PERSONAJES.	ACTORES.
TERESA.	Sra. Artigues.
ANA.	« Llorente.
BENITO.	Sr. Mariscal.
DIMAS.	« Montenegro.
LUCAS.	« Lopez Ruiz.

La accion pasa en un pueblo de Navarra.

Epoca actual.

La propiedad de esta obra pertenece á los señores Gimenez y Torquemada, y nadie podrá, sin su permiso reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los propietarios se reservan el derecho de traduccion.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á S. M. LA REINA

Doña Maria Victoria.

SEÑORA: *ya que por dicha nuestra, desde que vuestro augusto esposo rige los destinos de mi pátria se ha estrechado la distancia que existe desde el palacio de los reyes á la guardilla del poeta, séame permitido ofrecer esta humilde obra á la que respeto como á bondadosa reina y admiro como á madre cariñosa.*

Si vuestra indulgencia no fuese tan grande como mi osadia, mi atrevimiento no hubiese jamás llegado al estremo de poner tan pobre ofrenda á los pies de quien tanto vale: pero abrigo la esperanza de que V. M. admitirá la humilde dedicatoria de esta pequeña produccion dramática, no por su mérito literario, que ninguno tiene, sino por alentar con su favor, al que luchando con inmensas dificultades camina hace años lentamente por la quebrada y espinosa senda del arte escénico.

Permítame al propio tiempo V. M. que le rinda un tributo de gracias por la proteccion que á las artes y las letras españolas dispensa; proteccion tan necesária como eficáz en estos tiempos de ensañadoras contiendas políticas que llevan la perturbacion á todo lo sublime y grande de la pátria, alimentando la mas terrible de las guerras, la del hogar doméstico.

Corregir esas bastardas pasiones debe ser el deseo de todo corazon honrado, cualquiera que sea el círculo social en que se mueva; pues tengo para mí, Señora, que solamente juntándose los buenos puede darse

la batalla decisiva para que la familia se salve de la catástrofe que la amenaza.

Madres cariñosas y honradas como vos lo sois; padres como vuestro augusto esposo, que den ejemplo de moralidad individual y de virtudes cívicas; eso es lo que Dios desea para estender su benéfica mano sobre los pueblos. Eso es lo que constituye el canto mas sublime del poeta: Ojalá que plumas mas autorizadas que la mia se decidan á perfeccionar el pensamiento indicado en esta mal trazada produccion que humildemente ofrezco á V. M.

A. L. R. P. de V. M.

Pedro Marquina.

Madrid 31 de Noviembre de 1871.

ACTO UNICO.

Sala en casa de un labrador rico. Puerta en el foro, sillas con asiento de paja, mesa á un lado con flores y adornos propios del lugar y del pais.

ESCENA PRIMERA.

Doña Teresa y Ana, concluyendo de limpiar la habitacion.

TER. Ea! No dirá Benito
que no se le espera; está
la sala como los chorros
del oro. A ver tú si vás
á arreglarte, ponte hermosa.
ANA. Qué dice usted?
TER. Es verdad;
he dicho una tonteria
porque hermosa siempre estás,
que eres tú, como el capullo
mejor de cualquier rosal
y no hay en punto á hermosura
quien se te pueda igualar.
ANA. Yo no quise decir...
TER. Pero
las galas no están demás
en la doncella que quiere
á su futuro agradar,
y el adorno en el amor,
es prueba de voluntad.
Tu padre quiere casarte
y tú estás dispuesta á dar
tu corazon á Benito,
que aunque te dobla la edad,
no es aún viejo y es muy rico,
cosa que no está demás,

y sobre todo te quiere,
que es, hija, lo principal;
porque boda sin cariño
es como mesa sin pan,
sin el cual no satisface
en ella ningun manjar.

ANA. Ay! Madre mia!

TER. Qué es eso?
Te pones mala?

ANA. No tal.

TER. Pues entonces qué te pasa?

ANA. (Reponiéndose.)
Nada; me aflige el pensar
en separarme de ustedes.

TER. Eh! ya te acostumbrarás.
La muger debe seguir
al marido.

ANA. Ay! es verdad.

TER. Eso nos lo dice Dios,
á quien siempre hay que escuchar.
«La Muger por el esposo
á sus padres dejará»
y así cumple sus deberes
con entera libertad.
Yo...bien quisiera seguirte,
pues ya sabes que mi afan,
es mirarme en esos ojos
donde mi ventura está;
que no hay amor en el mundo
como el amor maternal:
pero, hija, para el yerno
la suegra es fruto en agraz
por mas que sea tan dulce
como el meloso panal,
y mal los hijos se educan
en casa donde no hay paz.
En el amor de tu esposo
fija la atencion no mas
y honrándole tén por cierto
que á tus padres honrarás.
Una visita por año,
á esta casa, bastará,

si tu marido lo quiere
y bien la cosecha vá,
para soportar la ausencia
y otra visita esperar.
Ser limpia, caritativa,
amable, humilde, aumentar
el granero de tu esposo
con un grano, ya verás
como te alarga la vida
de dichas entre un raudal.
En fin, imita lo que
has visto en mí, y basta ya
de consejos, porque siento
que voy á echarme á llorar,
y si llega tu futuro
y nos vé así, pensará
que te casas á la fuerza.

ANA. Ay! madre! que si á pensar
llegase eso, pensaria
solamente la verdad.

TER. (Sorprendida.) ¿Qué dices hija?

ANA. No puedo
mis desdichas ocultar;
y pues usted misma dice
que boda sin voluntad
es orígen de infortunios,
no quiero, madre, guardar
por mas tiempo los pesares
que aqui encerrados están.
Perdóneme usté el disgusto,
madre, que la voy á dar.

TER. Habla, hija de mis entrañas
(Tomándole las manos.)

ANA. Pero .. (Recelosa.)

TER. Habla por caridad!

ANA. Muerto mi tio, á quien Dios
conserve en su santa paz;
amparado por mi padre,
Lucas, mi primo carnal,
que con la muerte de aquel
quedó huérfano y sin pan,
segun usted me ha contado

vino esta casa á habitar.
Juntos los campos corrimos
en nuestra infantil edad;
el mismo cuarto acojia
nuestro sueño angelical
y un mismo rayo del sol
nos venia á despertar.
Presos en doble lazada
parentesco y amistad,
crecimos: un dia Lúcas
me dijo en tono formal:
basta de juegos; soy hombre,
Ana, voy á la ciudad.
Mi padre quiere que estudie
y yo deseo estudiar.»
Nos despedimos; lloramos...
yo no sé quien lloró mas,
y entre las gentes nos dimos
un beso, sin sospechar
que tal vez no volveria
á repetirse jamás.

TER. Erais niños; todo el mundo
encontró muy natural
aquel adios á la infancia.

ANA. Ni yo misma sospechar
podia, que tanto bien
se convirtiera en mi mal.

TER. Hija impaciente me tienes;
habla, toda la verdad.

ANA. Se me hizo el invierno largo,
triste... pero al retoñar
con los rocíos de Mayo
los pámpanos del parral,
fué padre en busca de Lúcas
y yo les sali á esperar.
Fué para mi aquel estio
lo que es la libertad
para el pobre encarcelado;
pero tirano y fugaz
mostróse el tiempo conmigo,
porque cuando á disfrutar
comenzaba las delicias

del cariño fraternal,
volvió Lucas á su estudio
y triste volvi yo á estar,
Ya no recibí aquel beso
en mi rostro virginal;
ni Lúcas se atrevió á dármele,
ni el beso fui yo á buscar.

TER. ¿Os amabais?

ANA. Sin saberlo
porque yo en mi soledad
la causa de mi tristeza
nunca me pude esplicar.

TER. ¿Y Lúcas?...

ANA. Por desterrado
se tenia en la ciudad.

TER. Sigue, hija, sigue; esa historia
llena mi pecho de afan.

ANA. Asi pasaron cuatro años,
yo esperando con afan
los veranos, y él dejando
por el otoño el lugar;
hasta que el pasado Octubre
me llevó junto al rosal
del huerto, y alli me dijo
con violenta brevedad
su amor inmenso. Quedé
sin poderle contestar
con la lengua, mas mis ojos
harto para nuestro mál
en aquel supremo instante
de amor debieron hablar;
por que tomando en mis manos
un capullo del rosal,
último con que el otoño
se queria engalanar,
y prendiéndolo en mis trenzas
dijóme: «guarda en señal
de mi acendrada pasion
esta rosa,» y al soltar
mi mano, una gruesa lágrima
sentí por ella rodar.
Era el rocio primero

con que el aura celestial
á la flor de mis amores
se acercaba á saludar.

TER. Pobre hija mia! ¿y porqué
no hablaste?

ANA. Lo intenté, mas
no sé qué estraño temor,
madre, me obligo á callar.

TER. ¡Dudaste de mi cariño!

ANA. Eso no

TER. ¡Duda fatal!
sin ella en estos momentos
dichosa fueras quizá.

ANA. Vuelto de hermano en amante
marchó Lucas: yo en mi faz
las afecciones del alma
procuraré desfigurar,
mientras el capullo, prenda
de amorosa lealtad,
sobre el corazon herido
fuí, madre, á depositar
aliviando con su esencia
mi traidora enfermedad.

TER. ¡Ingrato egoismo!

ANA. ¡Madre!

TER. No tiene remedio ya.

ANA. Así las cosas, llegó
por dias de Navidad
don Benito, con mi padre
de sus ventas á tratar.
Yo, porque en mi no notara
falta de amabilidad
el honrado forastero,
me mostré alegre; quizá
encendió mas su pasion
mi falsa jovialidad,
y esto fué causa de que
se arrojase á declarar
su amor, con esa franqueza
en riojanos proverbial.

TER. Tambien con franqueza tú
le debiste contestar...

ANA. ¿Qué amaba á mi primo?
TER. Justo.
ANA. Debia hacerlo, es verdad.
TER. ¡Pero callaste?
ANA. Calle
de mi deseo á pesar.
Ponderóme su cariño
con interés eficaz:
yo comprendi que su acento
madre, era el de la verdad,
y asombrada, á sus palabras
nada pude contestar.
Tomó por rubor la causa
de mi asombro pertinaz;
llamó á mi padre y pidió
mi mano; quedé mortal,
aterrada, medio loca,
y cuando fuí á recobrar
mis fuerzas, ya don Benito
cruzado habia el umbral
de la puerta y á la Rioja
partía para arreglar
sus cosas y disponer
la boda; golpe fatal
que ni supe precaver
ni pude luego evitar.
Mi padre habia empeñado
su palabra, quién en tal
conflicto podia hacerle
á su palabra faltar?
Resolví sacrificarme
á la obediencia filial;
mas hace ocho dias vino
Lucas al paterno hogar:
corrió al verme mas que nunca
enamorado y leal...
pero á mis ojos salió
á su vista, madre, un mar
de lágrimas y le dije
con noble sinceridad.
mi padre quiere casarme
pero la rosa aqui está!

(Señalando con la mano al corazon.)

TER. Hija de mi corazon!

ANA. Usted me puede salvar;
haga que no se celebre
esta boda, ¡por piedad!
pues si llega á suceder
que yo me llegue á casar,
de Lúcas y de mí, madre,
yo no sé lo que será.

TER. Casarte tú, sin amor!
Hija, no faltaba mas.
Solo muerta yo, pudiera
ese infortunio llegar.
Tu padre es terco, algo avaro,
y sobre todo capáz
de hacer cualquier desatino
antes de volverse atrás
de una palabra empeñada;
pero es bueno y cederá
cuando hable á su corazon
el acento maternal.
De Benito yo no sé
la manera de pensar.
Te quiere mucho, muchisimo
mas que tú piensas; quizás
el renunciar á tu mano
le cueste una enfermedad.

ANA. ¿Tanto me ama?

TER. Si, hija mia;
como que antes de marchar
me dijo cási llorando;
«Teresa, en tu casa está
mi estrella, el sol relumbrante
que luz á mis ojos dá:
ciego me voy, volveré
pronto mi sol á buscar.

ANA. Entonces...

TER. No desconfies;
es riojano y no querrá
cosa alguna que no sea
hija de tu voluntad.
Mas que en todo, en Dios espero

que siempre quiere amparar
la inocencia.

ANA. Madre mia! (Abrazándola.)

TER. Tu madre te salvará.
O te casas con amor
ó con tus padres te estás.

ESCENA II.

TERESA, ANA, LUCAS.

LUC. Buenos dias.

ANA. Lúcas!

LUC. ¿Qué
pasa, tia, porque están
ustedes con ese afán?

ANA. Primo mio...

TER. Déjame. (Interrumpiéndola.)
Señor sobrino; á fe mia,
y el cielo de ello es testigo;
nunca creí que conmigo
fuese tan ingrato.

LUC. Tia! (Sorprendido.)
Ignoro qué lengua infame
con usted me ha calumniado.
¿Quién es el vil que ha logrado,
que usted ingrato me llame?
A ustedes debo mi pan,
lo que fui; lo que estoy siendo,
y eso no lo pago, yendo
besando por donde ván.
Lo sé y de mi honor en mengua
hay quien ante usted me infama,
¿cómo el delator se llama,
para arrancarle la lengua?

TER. El delator del pecado
que en mi casa has cometido,
por mucho tiempo escondido
en tu pecho lo has llevado.

LUC. Tia, ya pierdo la calma;
usted me quiere ultrajar.

TER. Es un crímen ocultar

los sentimientos del alma.

LUCAS. Qué! (Sorprendido.)

TER. ¿No quieres que me aflija
cuando aquí estoy contemplando
la pena que vá minando
el corazon de mi hija?

LUCAS. Usted sabe.....

TER. Todo, sí.
Sé que en secreto os amais;
que callándolo os matais
y que me matais á mí.

LUC. Tú has dicho!... (A Ana.)

TER. Tanto el amor
á sus lábios ha llamado,
que por fin se ha desbordado
el torrente del dolor.
Yo para mi senectud
quise vuestro amor guardar,
y ambos ibais á pagar
mi afán con ingratitud.
¡Qué mal piensa el que inclemente
juzgándose al mundo extraño
piensa que al forjarse un daño
forja el suyo solamente!
Basta querer alegrarse
para llegarlo á alcanzar;
para sufrir y luchar
es necesario agruparse;
que abrazando en su afliccion
á quien con él llanto exale
sabe el hombre lo que vale
su Dios y su religion.
Venid, pues, á mi regazo;
nuestras tres almas juntemos
y contra el dolor luchemos
en este amoroso abrazo. (Abrazados.)
Hijos de mi corazon!
verted en mi vuestra pena;
rota esta amante cadena,
¿qué podrá cada eslabon?

ANA. Madre mia!

LUC. Es el deber

el que nuestra pena labra:
mi tio dió su palabra
y atrás no puede volver.
Ocultemos por piedad (Á Ana.)
lo que ayer fué nuestro alhago.
No quiero dar un mal pago
al que amparó mi horfandad.

TER. ¿Piensas que así se concilia
tanto infortunio?

LUCAS. Qué hacer?

TER. ¿Y el alma de esta muger? (Por Ana.)
Y la paz de tu familia?
¿Y tú que desesperado.
tu pena habrás de llorar?

LUC. Lejos de aqui iré á buscar
en la suerte del soldado,
un remedio á la amargura
que aqui del placer se venga,
(Señalando al pecho.)
y quizá la dicha tenga
de hallar una sepultura.

ANA, ¿Tú soldado?

TER. Nunca, no.
Te quiero como á hijo mío
y en tu ventura confio,

LUC. No consiento en ella yo.
Tras de tanto beneficio,
tras de una carrera darme,
quiere mi tío arrancarme
de las armas al servicio;
¿y yo, en pago á sus afanes
con ingratitud impia,
por vil egoismo, iria
á desbaratar sus planes?
No; no es esa la virtud
que ustedes me han enseñado...
Si el amor está elevado
lo está mas la gratitud

TER. Bien, Lucas, tu honrado padre
te bendice desde el cielo;
pero aún te queda el consuelo
de tenerme á mi por madre;

y te juro por la fé
que me anima en este instante,
que para tu pecho amante
la paz reconquistaré.
Déjame á mi la alegria
de hallar tu perdida estrella,
pues he de encontrar con ella
la dicha de la hija mia.
Mi esposo de aqui ha partido
para la Rioja á buscar
á aquel que te quiere dar
mano y honrado apellido;
mas de Lúcas el amor
antes se grabó en tu pecho
y enfrente de ese derecho
no hay un derecho mayor.
Nadie romperá estos lazos
donde la dicha se anida,
y antes me arrancan la vida
que arrancarte de mis brazos.
(Abrazando á Ana.)

ANA. ¡Madre mia!

LUC. Es un tormento
lucha tan encarnizada!

TER. Lúcas, tú no temas nada,
porque desde este momento
acepto sola el combate.
A traicion el deber fiero
te ha cogido prisionero
y yo voy por tu rescate.

LUC. ¡Siempre debiendo favores!

TER. Huye de ideas dañinas.
¿Qué le importan las espinas
á quien vá buscando flores?

LUC. Usted me haria esperar
hasta en el perdido bien.

TER. Cuando te falte sosten,
en la fé te has de apoyar.
Con ella en el precipicio
que oculta la humana suerte,
hasta se acepta la muerte

como inmenso beneficio.

DIM. (Dentro.) ¡Entra el carro!

ANA. Ya tenemos
aquí á mi padre. (Yendo al foro.)

TER. Valor:
ocultad vuestro dolor.

ANA. Ahì están. (Se oye ruido al foro.)

TER. Disimulemos.
(Yendo al foro con Ana y Lúcas.)

ESCENA III.

TERESA, ANA Y LÚCAS. DIMAS Y BENITO, por el foro. Estos últimos con avios de viage, alforjas y maletas.

DIM. Teresa!

TER. Dimas! Benito! (Se abrazan.)

BEN. Voto vá! Venga un abrazo!
Así.

DIM. Qué haceis hijos mios?

LUC. ANA. Padre! Tio!

DIM. Luquillas, qué guapo!

LUC. Estoy bien.

DIM. No pude ir,
por la prisa del noviajo
á buscarte.

LUC. Eso qué importa?

BEN. Ana.....

ANA. (Turbada.) Don Benito!

DIM. Vamos.
Qué haceis? pareceis dos tontos.
Eh! qué demontre abrazáos!

ANA. Oh! (Retirándose.)

TER. (A Dimas.) (No ves qué la avergüenzas?)

BEN. (Pues señor, estoy cambiado;
yo con otras tan sobon,
con ella estoy hecho un palo.)

DIM. Vamos, qué haceis?

BEN. No está bien.

DIM. Y eso qué tiene de estraño?

TER. Despues de la boda...

DIM. Chica,
pues antes de estar casados

tú y yo...

TER. (Cállate hablador.)
(Tirándole un pellizco.)

DIM. Huy!

BEN. Qué es?

DIM. Nada; que me ha echado
un requiebro mi costilla.

BEN. Y es Lúcas este muchacho?

DIM. El mismo.

BEN. Es todo un buen mozo.

LUC. Gracias.

BEN. Cómo siento hablo.
Que aunque esta es la vez primera
que le veo, este me ha hablado
de usté y le estimo de véras;
puede usté creerlo.

LUC. Yo aplaudo
mi suerte y le ofrezco entera
mi amistad.

BEN. Venga esa mano.
(Se estrechan las manos.)

TER. (Buen principio!)

DIM. Aquí lo tienes
hecho cási un abogado.

LUC. Gracias á usted.

BEN. ¡Qué demonio!
y á usted que tiene de acatus; (La frente.)
porque aunque el dinero valga
vale mas saber ganarlo.

TER. Benito tiene razon.

BEN. Teresa, yo soy muy franco.
Aunque tengo algunas onzas.
conozco que soy un zángano.

DIM. Vaya, no te eches por tierra.

TER. El que como tú, ha logrado
aumentar la buena herencia
que sus padres le dejaron,
no ha de tenerse por tonto.

BEN. Mis padres; ¡pobres ancianos!
Ellos si, que siendo pobres,
sus intereses ganaron
con el sudor de su rostro

la dura tierra regando.
Mas yo, millonario cási,
y algo ligero de cascos,
no hago mas que malgastar
desde que en mi casa mando.
Dinero, llama dinero,
dice un dicho, y está claro
que gran verdad debe ser
lo que el dicho dice, cuando
á mi me crece el caudal
sin que procure aumentarlo.
Buen corazon, eso si,
sí puedo hacer bien lo hago.
Yo corro todas las fiestas,
y en todas las partes gasto,
y no hay pobres junto á mí
mientras me duran los cuartos.
Vicios feos tengo pocos,
pero tengo uno muy caro,
me gusta el librito de oros,
copas, espadas y bastos,
de modo que los domingos
perdiendo onzas me distraigo.
No tengo sangre de horchata,
y á veces ando á trompazos;
cuando veo que dos riñen
siempre al mas fuerte me agarro
y por defender á un débil
tengo esta señal de un palo.
(Mostrando cualquier sitio de la cabeza.)
Este soy yo, todo entero,
desde el pelo á los zapatos.
Si le parezco á usted bien
en mi tiene usté un hermano;
sino, fuera zaragatas,
contento usté, y yo pagado.

LUC. Es usted lo que se llama
un verdadero ríojano.

BEN. Y lo que con esta digo (La lengua.)
con hechos suelo probarlo,
con que basta de palabras.

TER. Y qué tal? cómo vá el campo?

BEN. Si nos deja en paz la piedra,
tendremos todo un buen año;
y mi boda ha de rayar
donde ninguna ha rayado.
Pero tú pareces muda,
Ana, siempre estás callando.

TER. Ya ves tú; la cortedad.....

BEN. Cortedad? voto á san Pablo!
¿No sabes que yo te quiero
mas que el labrador al campo,
mas que el racimo á la cepa,
mas que al agua los sembrados,
y que seria capáz
de echarme de un monte abajo,
si eso, para darte gusto
llegase á ser necesario? (acercándose á ella.)
¡Si vieras tú, cuerpo bueno,
cuánto este pecho ha penado
soñando todas las noches
con tus ojos y tu garbo
y.....basta; ¿dime Teresa, (Volviéndose.)
cuál es ahora mi cuarto?

TER. Aquel. (Señalando la puerta derecha.)

BEN. Pues voy, con permiso
á darme un limpion y salgo.
Adios, buen mozo. (á Lúcas.)

DIM. No tardes;
(acompañándole hasta la puerta.)
que tomarás nn bocado.
Ea! disponed vosotras
cualquier friolera.

TER. Vamos
(Vase llevando á Ana puerta izquierda.)

ESCENA IV.

DIMAS, LÚCAS.

DIM. ¿Qué te parece el riojano?

LUC. Hace honor á su pais.

DIM. Pues no es un grano de anís.
Tan franco y tan campechano!
No pienses que se le encoja

el corazon por dineros;
que es uno de los primeros
cosecheros de la Rioja.
¿Y su padre? Un corazon,
Lúcas, de lo que no habia,
y en política tenia
siempre mi misma opinion.
Yo en la guerra le saqué
cási de la sepultura,
y desde aquella aventura
mi mejor amigo fué.
Calcula, pues, la alegria
que tendré con este enlace;
honor es que el hijo hace
del padre á la tumba fria.

LUC. Deje usted eso; ¡qué afán
de recordar...

DIM. Basta, sí,
tienes razon. Conque dí;
cómo tus estudios ván?

LUC. Adelante.

DIM. Es necesario
que pongas alto tu nombre;
en fin, que te hagas un hombre.
Ah! y qué tal el boticario
este año ¿se ha portado?

LUC. Mejor que merezco yo.

DIM. Bien; ya sabes que sinó
te buscaré otro encargado.
No hay miedo de que yo sienta
que tú gastes.

LUC. Ya lo sé;
gracias. Aquí tiene usté.
esta carta y esta cuenta.
(Saca ambas cosas de su cartera.)

DIM. Él te las dió?

LUC. Si señor;
me dijo que le entregase
la carta en cuanto llegase
mas no pude hacerlo, por
que usted de aquí estaba ausente.

DIM. A ver.

(Abre la carta, se sienta junto á la mesa y conforme vá leyendo, su fisonomia vá alterándose de modo que se le vea pasar del asombro á la ira y de esta al furor.)

Y será verdad?

(Se levanta; vá á Lucas, le toma por el brazo y le dice sacudiéndole con fuerza.)

Y despues de tal maldad.
alzas ante mi la frente?

LUC. Tio! (Con asombro.)

DIM. Dime desgraciado!
Es cierto ¡el cielo me asista!
que á una secta reformista
tu existencia has asociado?

LUC. ¿Y eso qué tiene que ver?
Así el siglo lo reclama.

DIM. Calla ¡ingrato! así se infama
al que te dá de comer.
Al que con franca acogída
y confiada clemencia
quiso amparar tu indigencia.

LUC. Oh! (Con furor.) Qué miserable vida!
(Transicion dolorosa.)

DIM. Eres vil mal que te cuadre.

LUC. Tio, me está usté ultrajando.

DIM. Calla, que estás infamando
la memoria de tu padre.
Él, libre de maleficios
murió como bueno, si,
y por eso para ti
crecieron mis beneficios.
Y cuando yo, año tras año
tu talento cultivaba
y á mi causa lo guardaba,
¡recibo tal desengaño!

LUC. Cómo! ¿pudo usted pensar
me vendiese de ese modo?

DIM. Pues si me lo debes todo,
algo me habias de dar.

LUC. Oh!

DIM. De mis pasos en pòs
debes ir arrodillado.

LUC. (Con dignidad.)

Eh! Si usté abrigo me ha dado,
el alma la debo á Dios.

DIM. Lúcas! que el furor me enciende.

LUC. Tambien aquí arder le siento.

DIM. Ingrato!

LUC. Tio; el talento
ni se compra, ni se vende ..
y.....no discutamos mas.

DIM. Eso es lo quieres, eso.

LUC. Si Dios nos lanza al progreso
¿cómo hemos de ir hácia atrás?

DIM. Galleas!

LUC. Veneracion
siempre hácia usted he sentido,
pero se sube ofendido
á la lengua el corazon,
y aunque el respeto lo vede,
ya el pecho de enojo lleno,
fuerza es echar el veneno
para que dentro no quede.
En su cruz el Redentor
libre hizo á la humanidad,
y esa santa libertad
en mi tiene un defensor.

DIM. Esa es la idea fatal
que os lleva á locos empeños;
con ella os hicisteis dueños
del espanto universal.
Seamos todos hermanos,
gritais ciegos de furor,
y vais sembrando el horror
tintas en sangre las manos.

LUC. ¡Tio! calumnias son esas
que inventó por nuestro mal
la grey inquisitorial
que hizo la Biblia pavesas.
Ellos si, que predicando
el perdon de las injurias,
vivieron como las furias,
su rencor alimentando.
Forma dieron al tormento,
y ocultos tras de la cruz,

quisieron matar la luz
del humano pensamiento.
Ellos cadalsos alzaron;
y de su egoismo en pos,
nuevos Judas de su Dios
sus templos ensangrentaron.
Por ellos la hispana tierra
de tinieblas se pobló
y sus entrañas abrió
el estruendo de la guerra.
Ellos, con su planta víl
fueron yermando este suelo,
y encendieron en su anhelo
la infame guerra civil.
Solo por ellos se vé
nuestra religion viciada;
casi no avanzan nada
y la caridad y la fé.
Séres que abortó el Averno
de entre su cráter hirviente,
y llevan sobre su frente
la maldicion del Eterno.

DIM. Blasfemo! infame! asesino! (Furioso.)

LUC. Tio!

DIM. ¿Has venido á gozarte
en mi mal? Voy á matarte.

(Coge la silla que hay junto á la mesa y vá á lanzarse sobre Lúcas que retrocede. A los gritos salen Teresa y Ana por la izquierda y Benito por la derecha apresurados. Benito quita la silla á Dimas. Teresa se coloca delante de Lúcas amparándole con su cuerpo. Ana aterrada, toma el brazo de Lúcas como queriendo arrancarle de la escena.)

BEN. Dimas!

ANA. Lúcas!

TER. Dios divino! (Cuadro. Pausa.)

ESCENA V.

DIMAS, TERESA, ANA, LÚCAS Y BENITO.

BEN. Qué es eso hombre?

TER. Qué te pasa?

DIM. Dejadme!

LUC. (Qué obcecacion!)
Se exalta usted sin razon.
DIM. Oh! (Vuelve á amenazarle. Benito le detiene.)
LUC. Tio!
DIM. Sal de esta casa!
BEN. Pues hombre, buenos estamos.
LUC. Adios tia! (Queriendo marcharse.)
TER. Ven conmigo; (Deteniéndole.)
y tú... (A Dimas.)
DIM. Que se vaya digo.
Pronto!
ANA. Dios me ampare!
TER. Vamos.
(Se và por la izquierda llevándose á Lúcas y á Ana.)

ESCENA VI.

DIMAS Y BENITO.

DIM. Yo; yo he sido quien lo ha hecho;
quise ser bueno, clemente,
y he criado una serpiente
para que me muerda el pecho.
BEN. Pero en fin, ¿qué te sucede?
DIM. Para qué lo has de saber?
BEN. Para qué? hombre, para ver
si es que remediarse puede.
DIM. No se puede remediar.
BEN. Eh! quién sabe!..
DIM. No, Benito.
Ese muchacho maldito
á su tio ha de matar.
Él llegará á conseguir
lo que la guerra no pudo.
BEN. Pero, hombre!..
DIM. Golpe tan rudo
no se puede resistir.
BEN. Pero qué es ello? sepamos. (Impaciente.)
DIM. Toma, lee! ahí lo verás
y cual yo te indignarás.
(Le entrega la carta.)
BEN. Gracias á Dios! A ver.
(Despues de leer.)

Vamos!
Ya pareció la cuestion.
Pero hombre, ¿qué todavia
sigas en esa mania?

DIM. Conque, no tengo razon?
Conque despues de criar
á un hombre y darle carrera
es justo que así me hiera?

BEN. Le quieres esclavizar?

DIM. Cómo?

BEN. Juzga por tí mismo.
Si cualquiera te dijera,
véndete; ¿lo consiguiera?

DIM. No.

BEN. Pues mira tu egoismo.
Tú no estás en tus cabales;
por satisfacer tu anhelo
no quieres mirar que el Cielo
nos hizo á todos iguales.

DIM. Así piensas?

BEN. No te asombre,
que piense de esta manera:
si el hombre esclavo naciera,
¿para qué hacerle ser hombre?
Aquel que el hombre creó
quiso hacerle el sér primero;
el orgullo y el dinero
el hombre los inventó!
El que quiere hacer el bien
cumple con la voluntad
de Dios, que es la caridad
nuestro mas santo deber.

DIM. Calla ya!

BEN. Vana á porfia;
despierta de tus engaños.
El trabajo de cien años
puede perderse en un dia.
Si de tu egoismo en pos
llegas pobreza á sufrir,
¿quién contigo ha de cumplir
si tú no cumples con Dios?

DIM. Basta, Benito, yo infiero

que el siglo te pervirtió.
Eres de los negros.

BEN. Yo...
no soy mas que cosechero.

DIM. No te escuses, ya está visto
lo que has querido decir.

BEN. Yo no hago mas que cumplir
lo que manda Jesucristo.

DIM. Tú te asocias á los males
que la religion afean.

BEN. Pero hombre!..

DIM. Maldita sean
tus ideas infernales.

BEN. Maldito afán de mezclar
con la ley del corazon,
la política opinion,
la libertad de pensar.
Nace un niño, y cuando ya
en discutir se recrea,
le encasquetais una idea
como quien le pone un frac.
Luego le decís, la ciencia
de ser siempre hombre encumbrado
y en el mundo respetado,
estriba en la consecuencia.
Hazte político, fiel
fuerza es que á los tuyos seas,
y en la política veas
tu fortuna y tu laurel.
Un partido y á luchar
con ánimo decidido,
y en aras de ese partido
sacrifica hijos y hogar.
Así es, que estos infelices
obrando de tal manera,
no aciertan á ver siquiera
mas allá de sus narices.
Y unidos á una opinion
que ni aún pueden comprender,
suelen el tiempo perder
en estéril discusion.
Por eso en ciertas regiones

siempre hay dos ó tres talentos,
que compran hombres á cientos
como quien compra melones.

DIM. ¿Estoy durmiendo ó despierto,
con que tambien te alucinas
y cómo Lúcas opinas,
y le amparas?

BEN. Si por cierto.
El hombre debe marchar
con su siglo y al avío,
¿porque dá vueltas á un lio
quien no lo ha de desatar?
Tú y yo somos pelagatos;
en toda esa bataola
deja que ruede la bola.
Zapatero á tus zapatos.

DIM. Eres tonto, bien se vé.

BEN. ¿Ahora tonto? (Riéndose y acercándose.)

DIM. Hazte hácia atrás
que estoy ciego. (Yendo al foro.)

BEN. ¿Adónde vás?

DIM. ¿Adónde voy? No lo sé!
(Váse frenético por el foro.)

BEN. Dios evite un cataclismo:
que sinó, voto á mi nombre,
me parece que á este hombre
voy á romperle el bautismo.

ESCENA VII.

BENITO Y ANA.

ANA. Don Benito... (Con timidez.)

BEN. ¿Qué hay, pichona?

ANA. (No sé por donde empezar:
mi madre dice que pruebe
mas todo inútil será.)

BEN. Vamos; ¿qué quieres?

ANA. Quería
saber.....

BEN. ¡Qué turbada estás!

ANA. Saber...si está usted resuelto
á casarse.

BEN. ¡Voto vá!
Pues si hasta que llegue el dia
en que te pueda llamar
muger mía, ni un instante
lograré vivir en paz;
si diera mi viña grande
y mi mejor olivar,
porque hoy mismo nos echasen
los latines; y sin mas
retóricas, á la grupa
de mi macho; tran, tran, tran,
irnos á la Rioja y.....chica
no hablemos de eso que ya
siento que se me hace agua
la boca y voy á sudar,
porque abrazarte no debo
y los brazos se me ván
á tu cuerpo, y...tente lengua
que me voy á marear.
ANA. (¡Dios mío! ¿cómo le digo?...)
BEN. Porqué tan callada estás?
Dí, ¿me quieres tú lo mismo
que yo á ti? (Receloso.)
ANA. Yo...á no dudar...
Mi madre sabe.....
BEN. Tu madre,
siempre dice la verdad
y cuando me fuí, me dijo.....
ANA. Que estaba dispuesta á dar
mi mano..
BEN. Pues.
ANA. De mi padre
cumpliendo la voluntad.
BEN. Si; pero eso no es bastante.
Nadie te puede obligar
á casarte. En este caso,
tienes, Ana, libertad
para decir si, ó no.
ANA. (Vive esperanza.)
BEN. Además
yo á la fuerza, nada quiero
ya lo sabes, el pan, pan,

y el vino, vino.

ANA. Si, si. (Con alegria reconcentrada)

BEN. Por eso no he de ocultar
que si mejor lo has pensado
y calabazas me dás,
la pesadumbre, tal vez
me cueste una enfermedad.
Lo digo, porque comprendas
que en mi-corazon estás
mas fija que las montañas
fijas en la tierra están.
No vayas ahora á creer
que esto es un capricho, cá!
Tú serás siempre la estrella
que mi vida ha de alumbrar
y te querré, mientras vivas,
y mientras vivas serás
con pesetas ó sin ellas
la reina de mi lugar.

ANA. (¿Y cómo le digo á este hombre?...)

BEN. ¿Conque me quieres? (Temeroso.)

ANA. (¡Qué afán!)
Ya sabe usted, D. Benito:
lo que usted quiera se hará,
porque de lo que yo he dicho
ya no he de volverme atrás.
(Qué he de decirle, Dios mio,
si apenas me atrevo á hablar?)

BEN. Bien, viva ..! Sentia aqui
(Por el corazon.)
una losa sepulcral,
porque pensaba, salada,
que me ibas á desahuciar.
Benditos sean tus lábios
que tanto contento dán
y esa cara y esos ojos,
donde presa mi alma está,
y la tierra que ha criado
entre rosas y azahar,
este racimo de gloria
que rabio por vendimiar.

(La toma de la mano de pronto y se la besa con mucho fuego.)

ANA. (¡Dios mio!)

BEN. Perdóname.

ANA. Si usted mi esposo á ser vá...

BEN. ¡Oh, si!

ANA. No sé, don Benito,
qué tengo que perdonar.

BEN. Gloria mia! cada instante
siento que te quiero mas.

ANA. Tambien yo ..pero mi madre
me espera y...

BEN. ¿Te marchas ya?

ANA. Volveré. (Me marcho, si,
antes que rompa á llorar.)
(Váse por la izquierda.)

ESCENA VIII.

BENITO luego TERESA.

BEN. Ahora si que no te cambias,
Benito, por el Sultan
de Turquía, ni por el
emperador Aleman;
ni por el mejor Obispo
de toda la cristiandad.
Con esa muger y una onza
no me muero hasta que ya
no me quede un pelo negro
ni un diente con que mascar.

TER. (Sale por la izquierda.)
¿Estás solo?

BEN. Solo estoy.

TER. ¿Y Dimas?

BEN. A Barrabás
está dado.

TER. ¿No te ha dicho?...

BEN. ¡Eh! tonterias no mas.
Todo es porque su sobrino
dicen que si está ó no está
metido en no sé que club,
ó tertulia...ó sociedad.

TER. ¡La política maldita!

BEN. ¿Qué no fuera á Satanás!
siempre la misma cancion.
TER. Siempre esa idea fatal.
BEN. Pero no hay ningun cuidado
que ya se le pasará.
TER. Eso ya lo sé; él es bueno,
aunque violento y tenáz.
Otro nuevo laberinto
es el que yo temo mas.
BEN. Qué sucede?
TER. Tú, Benito,
te vás ahora á disgustar;
pero aunque lo siento mucho
dentro del deber está,
no detener un momento
el paso que voy á dar.
BEN. Habla, voto á Belcebú,
que impacientándome estás
y no soy hombre que pueda
impaciencias tolerar.
TER. Tengo una hija que padece;
que del amor maternal
implora el auxilio y yo
no quiero verla llorar.
BEN. Tambien Ana? ¡voto á brios!
cuento es que no acabará.
TER. Tú puedes calmar su angustia
BEN. Si yo puedo, no hay que hablar.
que por servirla daria
todo cuanto tengo y mas.
TER. Ya lo sé.
BEN. Vaya ¿qué es ello?
TER. Que no se quiere casar.
BEN. ¿Qué no quiere?...Esa salida
me parte por la mitad.
Pero si ahora mismo aquí
me ha dicho...
TER. Si, tal está
de confusa, que á decirte
ha salido la verdad,
y al ver tu inmenso cariño
no ha podido confesar

su decision.

BEN. ¡Voto al diablo!
Vaya un trago de aguarrás. (Conmovido.)
Pero para no querer
¿qué razon es la que dá?

TER. Que...ama á su primo.

BEN. (Queda un momento pensativo y por fin dice con franco acento.)
Me alegro!

TER. Qué tú te alegras?

BEN. Si tal.
Aunque solo fuera por
hacer á Dimas rabiar.

TER. Ya vés...se han criado juntos.

BEN. Si es cosa muy natural.
Si yo hubiese conocido
antes de ahora al galan,
lo sospechára; por fuerza
lo habia de sospechar.
El chico se lo merece,
y á mí...no me sabe mal.
Pero ella, por qué calló?

TER. Claro! por no disgustar
á su padre.

BEN. ¡Vaya un lio
en que me iba yo á enredar!
Pues nada; por mi, corriente.

TER. Qué! desistes?

BEN. Y además
me comprometo á casarlos.

TER. Ay! Dios te lo premiará,
Benito.

BEN. Si es mi deber,
¿qué demontre ha de premiar?
¡Pues hombre, estaria bueno
que por egoismo... ¡cá!
primero es mi obligacion,
y sobre todo la paz
de la familia.

TER. ¡Un abrazo!
(En el colmo de la alegria.)

BEN. Y dos, y tres. Allá ván,

que tengo un pecho mas grande
que el peñon de Gibraltar!
(Se abrazan.)

TER. ¡Vivan los riojanos!

BEN. ¡Vivan!

TER. Voy, que esperándome están.
(Vase por la puerta izquierda.)

ESCENA IX.

BENITO.

BEN. Bien sabe Dios que la pena,
Benito, royendo está
tu corazon, y que tienes
muchas ganas de llorar
y que ahora te arrojarias
al Ebro sin mas ni mas.
Pero no ¡voto á Espartero!
Quieto aquí! señor truhan, (Por el corazon.)
no se diga que no sabes,
una desgracia arrostrar.
Valiente, pues, caigan rayos
hoy sobre mi voluntad.
Antes pierda la cosecha
que dejarme acorralar
por el llanto... Pero si era
mi sueño; todo mi afán.
Si la quiero mas que á mi;
si no la podré olvidar!..
(Empezando á romper en llanto. Aparece en la puerta Dimas. Al verle Benito, verifica una transicion completa.)
¡Él es! Riojano, á las armas,
firme tú aqui, voto vá! (Por el corazon.)

ESCENA X.

BENITO Y DIMAS.

BEN. Hola! ya te se ha pasado?

DIM. Mira, Benito, no vuelvas
á las andadas, que soy
un navarro á toda prueba,
y cuando digo aquí estoy

aunque cayeran centellas
no vacilaba.

BEN. Pues juro,
por la Virgen de la Vega,
que por mas firme que estés
Benito hará que te muevas.

DIM. ¿Qué quieres decir?

BEN. Te digo
que ya que has armado gresca,
antes de que acabe el dia
será la funcion completa.

DIM. Esplícate.

BEN. Como todo
á tu manera lo arreglas,
con ese mando absoluto
que es tu pesadilla, piensas
que cuando dices; esto es,
es justo que aquello sea.

DIM. Porque estoy en lo legal.

BEN. ¡Vaya!.. (Con burla.)

DIM. Y no hay quien me convenza.

BEN. Lo que estás es en Belen.

DIM. No me insultes. (Con brio.)

BEN. Si te alteras,
los demás no son de corcho
y han de alterarse por fuerza.

DIM. ¿A qué viene esta funcion?

BEN. Viene, á que estás en tinieblas,
respecto á mi casamiento.

DIM. Pues esta si que es mas negra!
¿A que salimos ahora
con alguna gracia nueva?

BEN. ¡Y tanto!

DIM. ¿Qué es ello, dí?

BEN. Pues nada; una friolera;
que yo no quiero casarme.

DIM. ¡Qué no quieres!.. (Sorprendido.)

BEN. No hay mas.

DIM. (Despues de dudar.) ¡Sea!
Si tú te vuelves atrás
es vana toda quimera.
Pero no sabia yo

que en Rioja que se precia
de tener hombres formales,
habia algunos...veletas!

BEN. ¡Voto á Dios!

DIM. Yo voto al diablo,
tú te desdices.

BEN. Pues; ea!
me desdigo porque tu hija
no quiere que yo la quiera;
porque tiene un novio guapo
y que la estima de véras,
y yo he de ser su padrino
aunque el infierno se hundiera.

DIM. ¿Otro novio? y quién es?

BEN. Lúcas.

DIM. ¡Lúcas! ¡qué! Tú te chanceas;
tú quieres verme rabiar.

BEN. Pues, Dimas, aunque te mueras,
Lúcas es novio de Ana,
y es natural que así sea.
Si los has criado juntos;
si ella es una real morena,
al lado de aquellos ojos
¿qué corazon no se quema?

DIM. (Llamando furioso,) ¡Lúcas!

BEN. ¡Eh! ¿qué vás á hacer?

DIM. ¡Ana! (Llamando furioso.)

BEN. Ten calma.

DIM. ¡Teresa! (Con mas fuerza.)

BEN. (¡Cuando digo que al final
le voy á romper las muelas!)

ESCENA XI.

DIMAS, BENITO, TERESA, ANA Y LÚCAS.
Saliendo precipitadamente todos.

ANA. ¿Qué es?

TER. Qué sucede?

DIM. ¡Callad
y responde tú al instante (*A Lúcas.*)
Es cierto que eres amante
de mi hija?

LUC. Es la verdad.
DIM. Y no mueres de rubor?
LUC. Si el cielo á amar nos oblíga,
yo quiero que usted me diga
quien pone freno al amor.
DIM. Basta, no quiero tener
mas discusiones contigo,
te declaras mi enemigo
y te debo aborrecer.
LUC. ¡Señor!..
TER. Dimas, considera
que ambos hemos fomentado
su amor, los hemos juntado
bajo un techo.
DIM. Si, tú artera
escusas su proceder.
TER. Porque él virtud atesora,
porque es mi hija la que llora
y en fin, porque soy muger.
DIM. No hay poderosa razon
contra mi, á nada me avengo
ya, porque formada tengo
mi firme resolucion.
Quiero al olvido arrojar
mis pasados beneficios:
pero ya mas sacrificios
por ti no quiero arrostrar.
En esta quinta pasada
te cupo la mala suerte;
pues bien; vé á buscar la muerte;
de mi ya no esperes nada.
Me has muerto, me has deshonrado
y de ello te has de acordar.
Huye de mi; vé á buscar
la vida siendo soldado.

(Vá á sentarse junto á la mesa ocultando el rostro:)

LUC. Eso es lo que hacer queria.
BEN. (¡El hombre es de cal y canto!)
ANA. (¡Madre; me está ahogando el llanto
que no vaya, madre mia!)

(Teresa se acerca á Dimas y le dice casi al oido los si-

guientes versos. Los demás personages escuchan conmoviéndose á medida que ella vá hablando.)

TER. De su ignorado rincon
sale el quinto á quien le toca
con el cantar en la boca
y el llanto en el corazon.
Lleva en el rostro la calma;
pero al ceñirse el morral,
de su puerta en el umbral
nota que parte sin alma.
Un hombre y una mujer
salen á verle partir
ojos que te vieron ir,
¿cuándo te verán volver?
Ocho años pasaron ya,
desque el hijo se marchó;
ha ocho dias que escribió
diciendo que volverá.
Porque su dicha se vea,
los padres llenos de gozo,
ván con la carta del mozo
corriendo toda la aldea.
Por fin llegan á obtener
lo que á Dios dan en pedir,
ojos que le vieron ir,
por fin te verán volver.
A ver ván desde el collado
que hay á la aldea vecino
si vén al fin del camino
la cinta de un licenciado.
Mas la cinta no se vé,
y en vano esperan los viejos,
que no se oyen á lo léjos
los cantos del que se fué.
Vuelven al oscurecer
Y se les oye decir:
ojos que le vieron ir
¿porqué no le vén volver?
Tras de tantas ilusiones
una carta el padre tiene,
es una bala que viene
á partir dos corazones.

A otro quinto le pidieron
de este secreto la llave,
y él dice, murió...y no sabe
á dónde sus restos fueron.
Y con hondo padecer
repiten hasta morir:
ojos que le vieron ir
ya no le verán volver.

(Concluye anegada en llanto. Todos los personages están violentamente conmovidos. Dimas, solloza oculto el rostro.)

BEN. (Despues de una breve pausa.)
Ea! basta ya de lucha;
preciso es no tener alma,
para estar en fria calma
quien tales cosas escucha.
Ya de afanes tan prolijos
estoy fatigado á fé...
Yo vuestro padre seré
venid á mis brazos, hijos.
(A Lúcas y Ana que le abrazan.)
Lúcas; no temas te quepa
un fin tan desventurado,
antes que vayas soldado
me quedo sin una cepa.
Asi todo se concilia
basta de dolor profundo:
yo vivo solo en el mundo,
admitidme en la familia.

DIM. ¡Oh! basta, el dolor impio
me está el pecho taladrando
Benito, me estás matando.

LUC. ¡Tio! perdon. (Quiere arrodillarse Dimas le levanta.)

DIM. Hijo mío. (Le abrazan.)

BEN. ¡Gracias á Dios!

TER. ¡Si es razon!

DIM. ¡Sal de mi traidora pena!
(Abrazando á Lúcas y Ana.)

BEN. Eso es tener alma buena;
eso es tener religion.
y cesa ya de luchar
con politico furor.

¿Quién te ha de querer mejpr
que la lumbre de tu hogar?
Tú mismo serás tu juez
cuando ya caduco abuelo
veas en un nietezuelo
la gloria de tu vejez.
Y ¿qué importa la opinion
dirás, del que me ha cuidado
y este prémio ha reservado
á mi viejo corazon,
si hoy por él dichas exhalo
y estoy de ventura lleno?
¿Porqué siendo el hombre bueno
se ha de empeñar en ser malo?
Vive pues en dulce calma
y olvida tan loco afán,
porque antes que todo están
Dios, tu familia y tu alma.

DIM. Si, si, no mas tonterias
Hija!

ANA. Padre!

DIM. Tù serás
mi contento y vivirás,
para hacer largos mis dias.
Y tú, Benito, ¿contento
acudirás á esta boda?

BEN. Contento con mi alma toda.

DIM. Haberte faltado siento.

BEN. Locas ideas desecha.

DIM. Teresa!

TER. Dimas!

DIM. Aquí! (Por los brazos.)
y tú Benito.

BEN. Esta sí
que es una buena cosecha!

(Grupo como el director juzgue conveniente.)

FIN.

3 0112 117489465

OBRAS

cuya propiedad pertenece á los señores

Gimenez y Torquemada.

Camoens.

Un cosechero riojano.

Un corazon de oro.

Editor, D. BONIFACIO ESLAVA.

ARENAL, 18.

PUNTOS DE VENTA.—*Casa del Editor, Contaduria del Teatro Eslava y libreria de Cuesta.*